¿POR QUÉ

goza de fama general y es elegida por aficionados y profesionales la casa

ANDRADA?

Sencillamente, por ser la casa que más barato vende, la que tiene mejores placas, papeles, películas, etcétera, etc. Además, porque sus trabajos de laboratorio son los mejores que se entregan en Madrid, por ser la única casa que está dirigida por artistas cuyos nombres figuran siempre en los primeros lugares en todos los concursos fotográficos.

Y por tener exclusivas tan importantes como son:

:: PAPELES Y PLACAS ::

Wellington

CARTULINAS "BARTONS"

PELÍCULAS EN ROLLOS

:: :: "ENSING" :: ::

Ampliaciones ARTÍSTICAS

Tintas y pinceles para BROMOIL

Carrera de San Jerónimo, 12, (entresuelo).

MADRID

GRÁFICAS "HELIOS"
S. Lorenzo, 11. Madrid

ARTE LIGERO

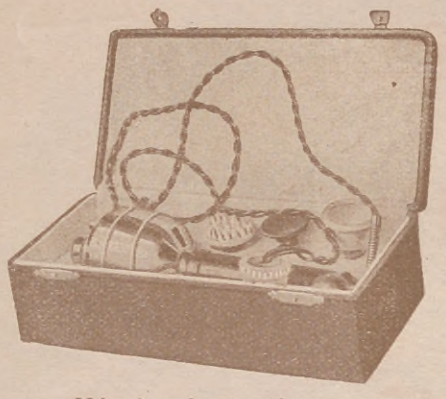
F-4 JUL 1973

HEMEROTECA NACIONAL-SECCIÓN DE REVISTAS

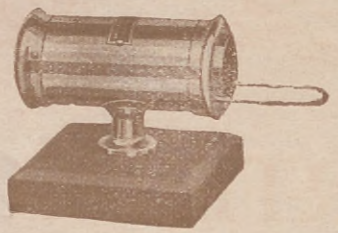
CHELITO

MARTIN IBAÑEZ

0'25



Máquina de masaje.



Calienta tenacillas.

Tenacillas.

Duchador de aire frío y caliente.

Embellecerá usted usando los aparatos eléctricos de tocador

MARCA

Electrodo.

EL PIANO WEBER

Proveedores de S. M. el Rey

Si usted se interesa en la compra de

UN BUEN PIANO

Aproveche la ocasión de adquirir el MEJOR en las condiciones excepcionales que ofrecemos para un número de instrumentos, importados antes de la subida de los Aranceles.

Visítenos usted o escríbanos hoy mismo.

THE ÆOLIAN COMPANY
S. A. E.
Av. Conde de Peñalver, 24
MADRID

Ford

EL AUTO UNIVERSAL

Tractores - Repuestos.

Coches - Camiones.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

EXPOSICION Y VENTAS:
Glorieta de Quevedo, 5

G. Fulton Taylor

Agente autorizado.

Desconfiad de toda oferta hecha por casas no autorizadas.

AÑO I • NÚM. 5 SEMANARIO FESTIVO

ARTE LIGERO

MADRID 2 DE ABRIL DE 1922

Redacción y Administración: Alcántara, 4 - Teléfono 339 S. - Apartado de Correos 523

CRÓNICA FESTIVA

LA "CLA" DEL PORVENIR

No estoy seguro de si lo he oído o lo he soñado, o se me ha ocurrido en un momento de lucidez.

Lo cierto es que puedo permitirme el lujo de ofrecer a nuestros lectores, una idea de lo que en un futuro próximo será la «clá» en los teatros.

Repartidos y ocultos convenientemente en distintos lugares de la sala, habrá una suerte de manoplas de cuero estirado, provistas de un sencillo mecanismo eléctrico que tendrá su interruptor en la concha del apuntador. Este tendrá ya anotadas en el libro de la obra las situaciones en que el autor desee el aplauso, o aquellas en que la primera actriz haga un mutis de efecto, y al llegar a las susodichas situaciones no tendrá sino que oprimir un botoncito y la ovación estallará franca y expontánea, arrastrando al público a secundarla con sus auténticas manos.

Con este procedimiento se evitarán los incidentes entre «alabarderos» y espectadores, y en todo caso cuando la indignación de los «morenos» sea grande, no tendrán éstos otro remedio para contrarrestar el aplauso de la nueva «clá» que pegarle un tiro al apuntador, con lo cual es indudable que obtienen cierta ventaja, ganan en comodidad y simplifica mucho la protesta.

Claro que para largarle un tiro a un apuntador hay que apuntarle bien, porque si no se le apunta bien a un apuntador se hace el ridículo.

El apuntador, a su vez podrá defenderse disparando la batería.

Otra de las excelencias de la futura «clá» es la desaparición de la «clá» actual, de la «clá» humana, que, como todo lo humano, se está poniendo imposible, acre y sovietista.

Hace una semana, oí, en un templo de Baco, próximo a un popular coliseo, el siguiente «pourparler» entre el autor de la obra que se estrenaba aquella noche y el jefe de la «clá», mientras apuraban dos «chatos».

—Mire usté, señor Orbajosa, por ser pa usté le dejo las cinco ovaciones, una con otra, en cincuenta laureanas; item el ¡ole! a la primera tiple en la canción del sombrero cordobés, cinco del ala y los siete bravos en el septimino, a seis pesetas, pa que sean verdaderamente bravos, eu total... es pues, total... tenga usted la bondad de ver el líquido que arroja.

—Noventa y siete pesetas.

—No; si digo que tenga usté la bondá de ver el líquido que arroja, porqué me está usté espurreando de montilla el pechero del chalecho.

—Es que la verdad, D. Sixto, me hacen una impresión esos sumandos...

—Pues apure ya el «chato» y dictamine.

—El que está apurando al chato *(refiriéndose a él mismo, que tiene la nariz respingona)* es usted. Ahora que como se me hinchen las narices...

—De eso ya se encargará el público esta noche.

—Sí ¿eh? Yo le aseguro a usted que no tengo miedo por la música. En todo caso protestarán la letra...

—La letra y el cheque. Ya lo verá usté. Esta obra, no es que sea mala, pero no *le va* a este teatro. Conque abone los ochenta, porque luego si no intervenimos nosotros y *se la carga* el público le va a usté a pesar.

—No; si *se la carga* el público le pesará a él.

—*Calamburges* aparte, ¿hace en las 75?

—No, señor.

—Pues entonces, amigo, si *quié* usté pelmas se va usté a Elche.

Para muestra basta un automático.

Comprenderán ahora aquellos de nuestros lectores que no estaban en el secreto de algunos éxitos, lo mucho que beneficia a todos esta futura «clá», estos «alabarderos» de cuero, de cuya idea madre no estoy seguro si es que la he oído, o si la he soñado, o se me ha ocurrido en un momento de lucidez.

FERNANDO LUQUE

NUESTROS CUENTOS

SIN NIDO DE MADRIGALES

Al principio cuando Julia y Eduardo comenzaron a verse en sitios de reunión de la buena sociedad, se miraron con recelo. Ninguno apetecía ser presentado al otro, como si la muralla de hostilidades familiares que se alzaba entre ambos debiera permanecer por siempre infranqueable.

Julia descendía de una familia opuesta en abolengo político a la de Eduardo había, pues, una tácita y legendaria enemistad «de partido», no muy definible para ellos, pero que en Julia se manifestaba con un mohín de sus labios cuidadosamente rojos, no imaginando que sus abuelos, después de una filípica en el Congreso, daríanse afablemente las manos como dos entendidos camaradas.

Claro está que, suponiéndose enemigos, empezaron a mirarse con cierta insistente curiosidad. Y hasta parecía que sabiéndose molestos al verse, ponían mayor empeño en coincidir en las mismas fiestas, en los mismos teatros, en los mismos salones. Recíprocamente, este estado de cosas les iba acercando a una catástrofe; de temer era, sobre todo en Julia,—nerviosilla, mimada, caprichosa,—que, rompiendo con la social corrección, cometiera alguna descortés imprudencia. Ya, un día, con cualquier pretexto, rehuyó alternar con Eduardo en unos pasos de rigodón. El, que supo entenderlo, comenzó desde entonces a manifestarla una despectiva indiferencia. Con ello avivóse irresistiblemente en los nervios de Julia algo que la inquietaba frente al joven. Y buscó, con toda la llana habilidad dable en una mujer como ella, ocasión de acercársele.

Fueron, al cabo, presentados; cambiaron una conversación todo lo suficientemente insustancial y explicativa para que se consideraran completadas recíprocamente, y concluyeron por hacerse buenos amigos. Después, en una vertiginosa pendiente de simpatía, Eduardo acabó por galantearla con éxito. Porque Julia pensó, que aunque hubiese sido mucha la enemistad entre los ascendentes de ambos, Eduardo tenía un arrogante tipo y una fama de sportmant que era todo lo que podría exigirse a un marido «alta novedad». El, por su parte, ya que no podía definir a las mujeres sino por lo externo, sentía que Julia la encantaba por aquella coquetona femenidad de buen tono, por toda aquella irisación chie de su persona,— mano de taller, de tocador y de figurines—quc si no se adentraba en el espíritu, halagaba sutilmente os sentidos.

Y conquistados mútuamente enlus personas, en sus leyendas y en sus vanidades, comenzar s a apasionarse con ese lánguido amor de las frívolas convonencias que tenía para ellos el encanto de lo furtivo. Porque habían de ocultar el sorprendente vínculo de su noviazgo, ya que con ello se iban a arrollas del altivo pundonor de dos familias enemigas...

Dos veces por semana, en los tés de los marqueses de Hontoria, hallaban los novios expansión a su idilio, emparejando en una mesita. Y aunque las maliciosas miradas pudieran pensar la verdad, ellos, como todos los enamorados, creíanse advertidos solamente como por buenos amigos. Si alguien se les acercaba, el íntimo y cariñoso tuteo, transformábanlo, discretos, en el trato distante de una amistad superficial. Tal ocultación era un doloroso sacrificio que se imponían por la fuerza de las circunstancias.

Como remanso de su desasosiego llegaban aquellas propicias tardes en que puntualmente acudían al té. Por lo demás, en los teatros, en los paseos, no podían pasar de una sonrisita a distancia o de un pasajero gesto de inteligencia.

Aquel día Eduardo comenzó a impacientarse. Ya hallábanse muy animados los salones, sin que su Julia hubiese llegado.

Nervioso, huraño, cejijunto,iba de un lado a otro, ajeno a las conversaciones, a los ruidos, al ambiente festivo de la concurrencia. Sin poder sustraerse al desasosiego que le quebrantaba, hizo alguna indagación cerca de los criados de la casa. No, la señorita Julia no había ido. Tomó el gabán, salió dos veces a la calle por si con su deseo apareciera antes el automóvil de la esperada... ¿Estaría enferma Julia? Aquel temor comenzó a ahondar tanto su débil espiritu que se propuso desde aquel instante el heroismo de acabar con tal estado de cosas, afrontando el peligro de descubrir a la austera severidad de su padre sus amores con Julia

Ahora, creyéndola víctima de algo insospechado, anegábale un disgusto singularmente mayor que los experimentados en dos críticas ocasiones de su vida: cuando se le estrelló su caballo favorito en unas carreras; y cuando hubo de hundírsele su mejor balandro en punto de ganar unas regatas. ¡Julia Julia!

Y, propicio a cometer la indiscreción de agarrarse al teléfono para preguntar por ella presentóse Julia de súbito. Julia radiante, seductora, primorosa, más linda con aquel arrebol natural que dominaba al de artificio, resaltando más intensamente sus hábiles ojeras. Hubo preguntas, risitas, apretones de manos, reconvenciones cariñosas por el retraso, entre ella y sus amigos,y, al fin, reclamó su té con graciosa frivolidad.

Se refugió en aquel ángulo discreto del salón donde en seguida se le acercó Eduardo. Y cuando el criado les hubo ser-

ido y quedaron solos, frente a frente, separados por la elegante mesa, él ni siquiera tuvo tiempo de lamentar:

—¡Tarde llegas! Estaba enloquecido de impaciencia.

—¡Pobrecito...! Lo presumía. Pero no te lo cuento. ¡Un disgusto horrible!

—¿Disgusto? ¿Qué ha sido?

Y, acariciando sus blondos rizos que pugnaban por desencarcelarse del sombrero, previno:

—¡No te alarmes! No es que se hayan enterado «de lo nuestro».

Eduardo suplicó referencias. Y Ella, mimosa, con cierta exaltación entonada, le refirió el percance. Después de todo, casi nada: llamaba «disgusto horrible» al retraso de su llegada puntual al té, sabiendo que era esperada, no a la causa que lo motivó.

Y fué todo ello, que, al atravesar una calle céntrica, el automóvil atropelló a un chicuelo, a un desarrapado golfete, vendedor de periódicos, molesto a la buena marcha de los rápidos vehículos. ¿Debían consentirse en las calles a esos muchachos sucios? Relató la escena: el chico vociferando bajo las ruedas, el público que se aglomera, los guardias que acuden... He ahí cómo, aunque parezca que lleve prisa la gente que no va a ninguna parte, puede un incidente retrasar la llegada a un té. Julia, entre la implacable exigencia del vulgo, hubo de abandonar el automóvil casi a la fuerza, para que entraran en él la hedionda víctima y un guardia, camino de la casa de socorro. ¡Con cuánta repugnancia vió hollar el acolchado terciopelo del coche!

Encolerizada, clamando en su interior contra esa anárquica chusma que obstaculiza las vías,—y que ni los familiares de Eduardo, ni los de ella, sabrían abolir, aun empuñando las riendas del poder quedó—en medio de la calle, no acertando a andar, qué hacer, ni dónde refugiarse; blanco de todas las miradas, ofendida entre las indelicadezas del populacho. ¡Hasta una vendedora de lotería se le acercó ofreciendo un número «pelao»! Así, en el vil ambiente del arroyo, pasó no sabía cuánto.tiempot

—¡Al fin volvió el coche, dí orden de venir a toda marcha. y aquí me tienes!

El lamentó con ella el pasajero incidente que tanto le había inquietado. ¡Bah! ¡Todo, porque apenas si al chico se le había roto una pierna!

Y, ya Eduardo, viéndola tranquila, reposada, paladeando el té con delectación, tan frágil y traslúcida, excelsa y alta, pensó que su Julia bien merecía el sacrificio de afrontar «oficialmente» la situación a pesar de todas las barreras. Porque ninguna entre todas, tan exquisitamente delicada como aquella su seductora muñeca, aunque no supise retener un madrigal en el corazón...

J. DE LUCAS ACEVEDO

Ilustraciones de Pellicer.

Arte Ligero publicará en breve amplias informaciones de modas y deportes. Estas secciones estarán a cargo de dos conocidas firmas.

Especialidad en ampliaciones y bodas.

SEGURA. - FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 4. - Teléfono: M. 4152

INTERVIEW

Chelito la ingénua o lo que va de ayer a hoy.

ESTAMOS aguardando un gran rato a que Chelito nos reciba. Diez minutos, veinte minutos... no sé ya cuánto tiempo. Yo, que por idiosincrasia, soy un poco vehemente, comienzo a impacientarme.—¡Dios mío! ¿Se habrá olvidado de nosotros? Por si acaso, volvemos a insistir:—Conserje ¿tiene la bondad de recordar nuestros nombres a Consuelito?

Este hombre afable y socarrón que debió encanecer en lides diplomáticas de *music-hall*, se decide por segunda vez a llamar cautelosamente en la puerta del cuarto de Chelito...

—Diga usted que me estoy desnudando; enseguida pasarán...

—¡Caray!—fué la exclamación expontánea, sincera, que, al unísono, saltó a los labios desde lo más hondo de nuestros espíritus conturbados. Pero aquella conturbación fué rápida, momentánea, porque, inmediatamente, lo comprendimos todo, o al menos nos figuramos lo que Chelito quiso decir con la ingenuidad de sus palabras; y tú, adorable lectora, al ver como desfilaban los tramoyistas y como se iba haciendo la obscuridad en las baterías, habrás pensado con nosotros, sin alarmas falsas, que Consuelito se despojaba de las galas que lució en la escena momentos antes, para vestir seguidamente el pudoroso traje de calle...

—Ya pueden pasar. ¿Les hice esperar mucho? Perdónenme...

El *camerino* de Chelito que fué en otro tiempo y en cualquier teatro aquelarre de perversidades, santuario de exquisito refinamiento, tiene hoy el encanto melancólico y sencillo de esas habitaciones chiquitinas donde las Hijas colegialas del *Sacre Cœur* practican sus ejercicios espirituales... ¿Qué hiciste, ¡oh Consuelito seductora! de aquel *Origán Coty*, tu perfume favorito? ¿Y aquéllas cintas de colores vivísimos que fueron el adorno de tu cuerpo reptante? Magdalena de la canción, que en otra época de tu vida tuvo la violenta tonalidad de un aguafuerte goyesco, hoy todo en ti tiene un aire de misticismo, de candorosa renunciación... y hasta la faja de seda con que envuelves tu vientre para bailar la *rumba* que te dió fama un día, es de un rosa más pálido, más desmayante...

Estamos haciendo estas divagaciones *in mente*, cuando algo inesperado hace que interrumpamos nuestra apenas iniciada conversación... ¡Adiós interviú! ¿Qué haremos, santo cielo?

Pero Consuelo, siempre amable, nos saca del apuro ofreciendo unas cuartillas que ella misma redactará—porque Chelito es también periodista ¿no lo sabían ustedes?—y ha cumplido su promesa. He aquí la carta que me envia:

«Señor don Miguel Ródenas—Mi distinguido amigo: Fiel cumplidora de mi palabra—¿como no?—me es muy grato dar a usted a continuación algunos datos referentes a mi vida artística.

Debuté excesivamente joven; una niña realmente. Era muy delgadita, sin formar aún y, naturalmente, muy sosa. En aquella época—no tan lejana como creen mis *buenas amigas* y alguno que otro *pollo* que se las da de joven—todas las mujeres a la moda eran muy opulentas, muy *castizas* y nada refinadas. Por eso yo resultaba una cosa aparte, demasiado frágil, algo que no era lo que estaban acostumbrados a ver.

«Es una chiquilla perversa»—decían los que, llenos de buena fe, querían encontrar en aquella sonrisa mía, de verdadera ingénua, un algo diabólico que aún no tenía. Y, como la bola de nieve, que aumenta conforme rueda, la frase fué de unos labios en otros y quedé consagrada con la aureola de perversidad que hubiese llegado a perjudicarme si, felizmente, el arte del cuplé y con él el público, no hubiese evolucionado. Porque ahora la gente que antes hablaba con horror de las *varietés*, invade los teatritos, transformados confortablemente, y aplaude los cuplés que las niñas *bien* aprenden enseguida y copian *toilettes* y gestos, nombrando sus favoritas a las que antes éramos «sirenas abominables».

Ya ve usted, amigo Ródenas, que no soy yo la que se ha «regenerado» como pretenden algunos equivocados. Yo no tenía por qué regenerarme. Mi arte ha sido siempre, aunque atrevido, de buen gusto. He procurado parecer bonita, sugestiva, cuidada como nadie. Pero esto, si es un pecado, ha sido un pecado de coquetería muy perdonable, ¿verdad?

Claro que, a veces, he tenido que adaptarme a las exigencias del público, como todos los artistas. Pero todas han empezado lo mismo. No quiero nombrar a nadie porque la lista sería interminable. Yo, por mi parte, hago ahora lo que siempre hice; lo que pasa es que las modas, cada vez más exageradas, la ausencia de mallas en el teatro—cosa que no me he permitido nunca, porque la malla me parece una adorable y necesaria mentira—y, por último, la difusión del cuplé, han vulgarizado lo que antes era lo prohibido.

¿Dice usted que le cuente algo de la *rumba* que me ha hecho famosa? Pero si mi pobre *rumba*, que solo es una leve adaptación de la voluptuosa y culpable danza cubana es inocente al lado de los *shimmys* y de los tangos que baila la gente en los salones. Y el traje, que yo creé para bailarla, con sus mantoncitos y sus faldas de volantes, es más pudoroso que cualquier traje de *soirée*...

Con todo esto, que no es mucho, he logrado, sin esfuerzo, tener un público de señoras, sin necesidad de llorar, de tirarme de los pelos ni de aliarme con ningún periodista ni torero de fama.

¿Que le cuente una historia de amor? No sé si la he tenido nunca. Si se han enamorado de mí, si han sufrido celos, si tal vez se han batido o han muerto por mí, si me han ofrecido joyas regias, no es mía la culpa. Mi amigo Pepe Zamora, que sabe muchas cosas, me dice este proverbio oriental: «La flor no tiene la culpa de que llueva ni de que el sol abrase».

Como soy muy mujer, adoro con pasión todo lo que pueda hacerme más deseable: los trajes bonitos, las pieles, las flores, los perfumes, las joyas...

Tanto para la calle—donde no me gusta llamar la atención—como para la escena, me aconsejo gustosa de Zamora, que me tiene como a una muñeca favorita y discurre continuamente «diabluras» para que ustedes me encuentren bonita y moderna, como las mujeres que él dibuja.

Mi ideal es terminar mi «casa-teatro» que estoy construyendo con el fruto de varios años de trabajo y en la que pongo toda mi ilusión para poder decir más tarde: «He hecho todo lo que he podido para gastarlo en algo duradero y artístico, embelleciendo con un hermoso edificio, una plaza de Madrid, pintoresca, pero poco estética».

De mis amistades le diré que tengo pocas, pero buenas y leales, como muchas mujeres no pueden ufanarse de tenerlas.

De mis compañeras, que admiro a algunas y que no me preocupo de hablar mal de ninguna de ellas. A ellas y a mí nos juzga el público y no puedo quejarme de su juicio, pues me mima y me quiere como a una chiquilla traviesa, pero no mala, sobre todo el de Madrid; de modo que, aunque soy cubana, soy madrileña por agradecimiento y por cariño.

Y nada más, amigo Ródenas. Que esta confesión que le hago se ajuste a su deseo, es lo que de veras quiere su amiga

Chelito

Lector: estas son las cuartillas que ha pergeñado la pluma gentil de la adorable Consuelito. Hago omisión de ciertas donosuras que en ellas prodiga a mi humilde persona, y solamente te digo, que como me lo contaron te lo cuento.

MIGUEL RÓDENAS

¡Qué pesadas son las novias!

I.—Pichón, mi vida, mi encanto, mi

II.—Madre, ¿Que es esto?

III.—¿Pero cuántos kilos pesas y parecías una palmera

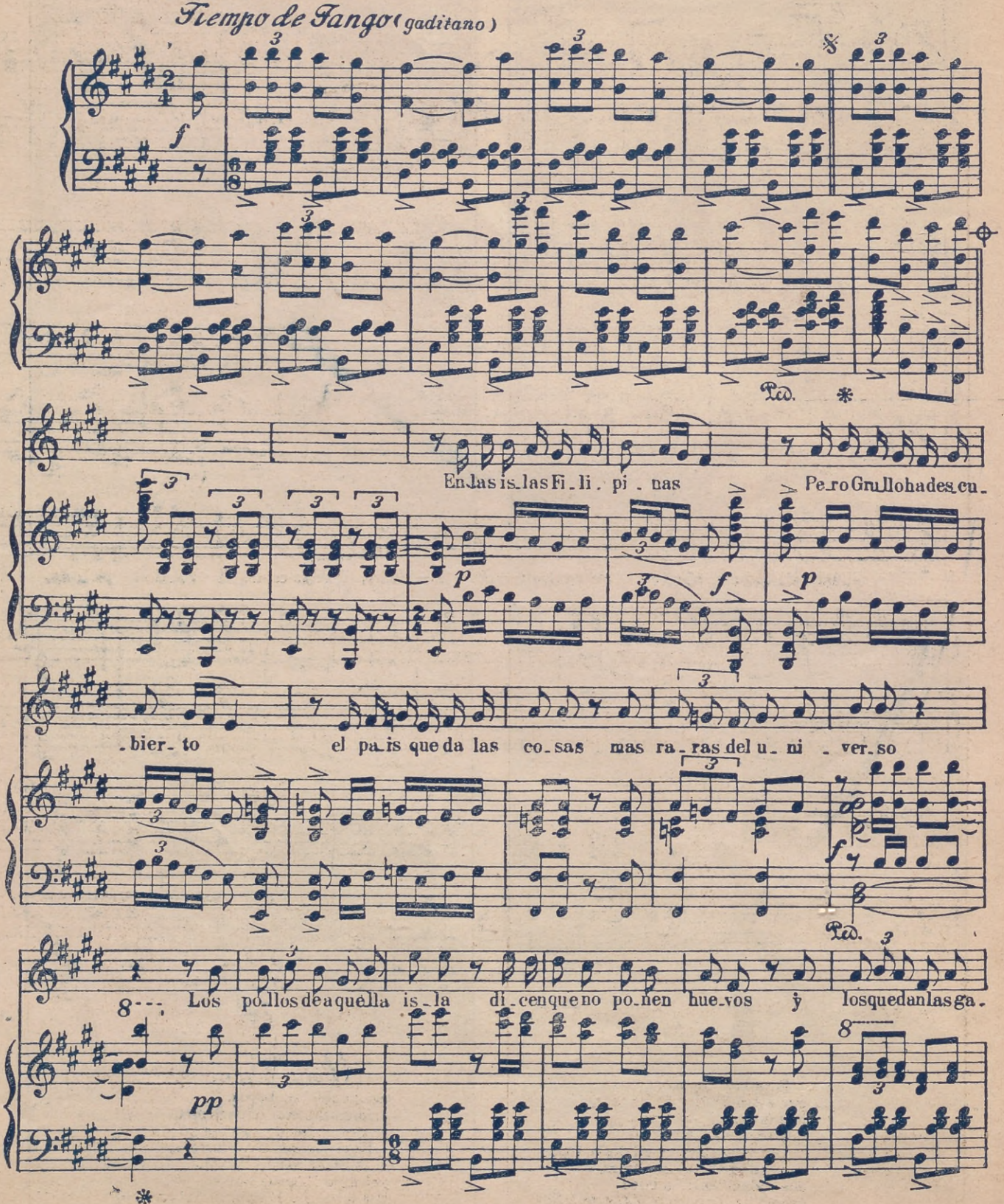
IV.—¡Ah...!

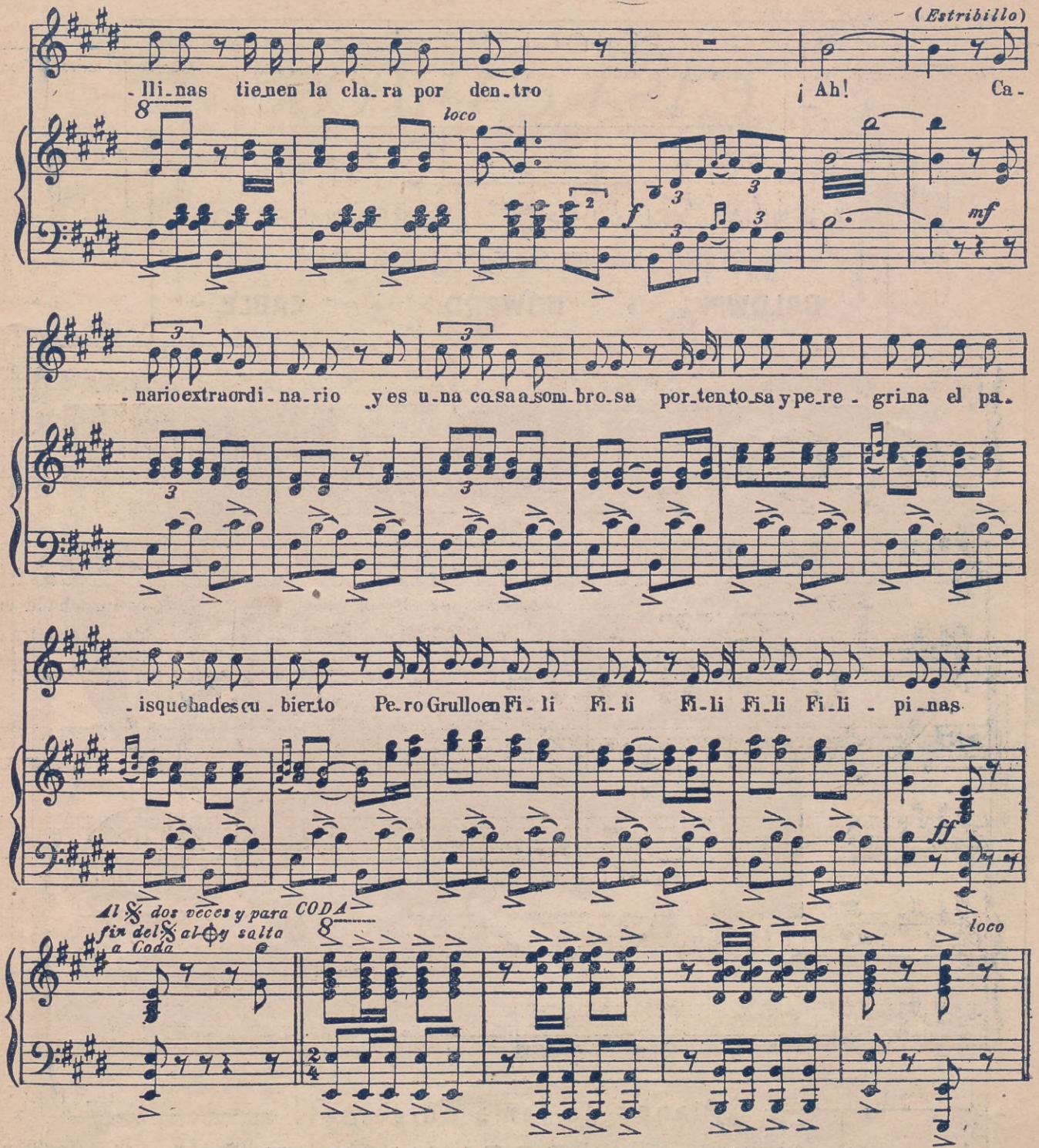
Dibujos de Triste.

Suplemento musical del núm. 5

PEROGRULLADAS

Letra de D. Manuel Susillo. **Tanguillo gaditano.—Creación de Rosa la Cordobesita.** *Música del maestro Font.*





II

Para subir a las casas,
que están hechas de madera,
han inventado una cosa,
que se llaman escaleras.
Las personas que allí habitan,
son tan raras, según dicen,
que todas tienen la boca
debajo de las narices. *(Al estribillo)*

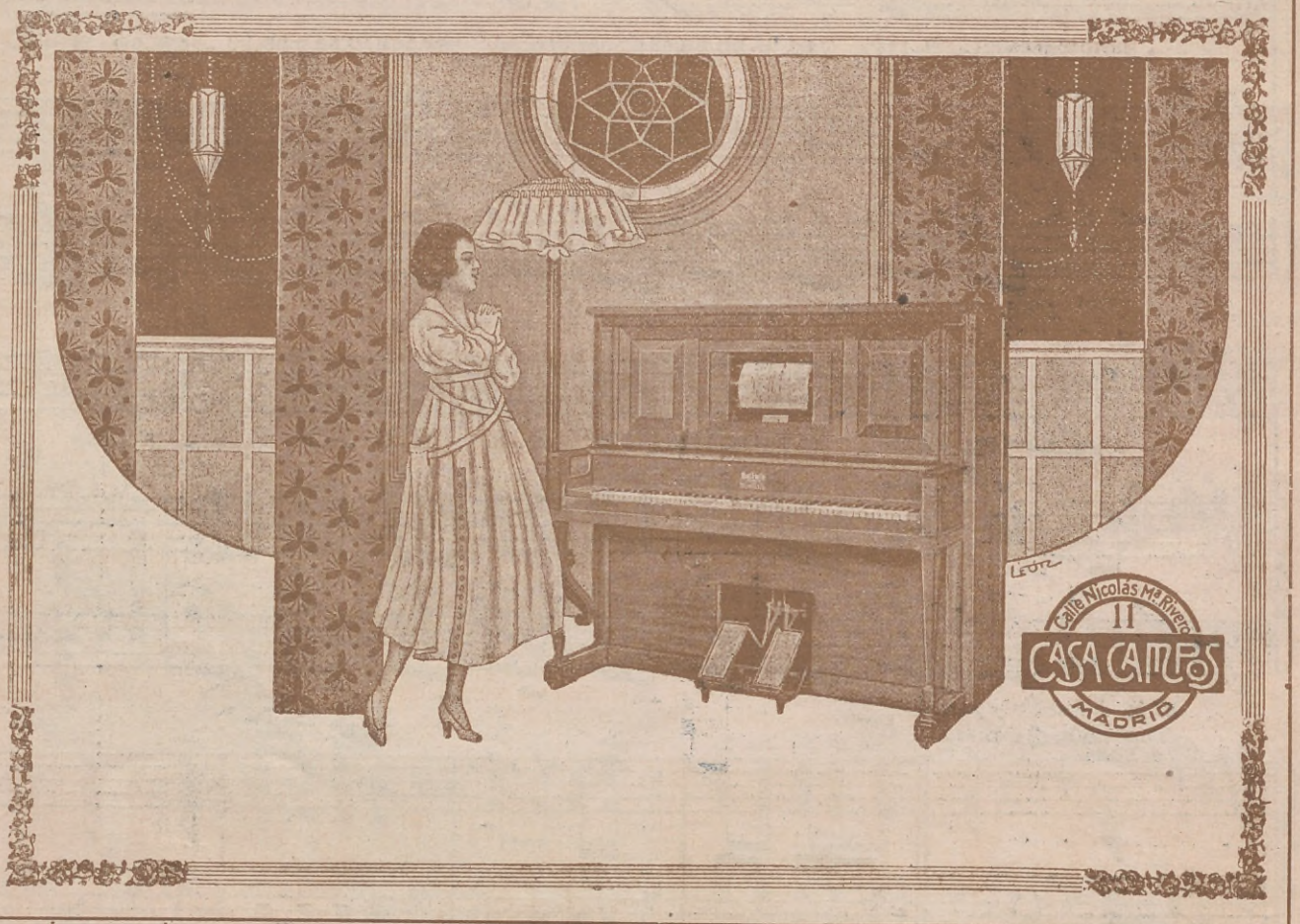
III

Las mujeres, para oir,
tienen sólo las orejas,
y, mientras más años tienen,
se van poniendo más viejas.
Ni el pescado tiene huesos,
ni la carne tiene espinas,
quien no lo quiera creer,
que se vaya a Filipinas. *(Al estribillo.)*

CASA CAMPOS

AGENCIA EXCLUSIVA DE LOS RENOMBRADOS
PIANOS AUTOMÁTICOS MARCAS

BALDWIN ◆ HOWARD ◆ CABLE



Pianos de fama universal

marca STEINWAY

En el próximo número, CUBANERIAS del maestro Font.

Lea usted en el próximo número la interview con Isabelita Ruiz.

Felisa Lázaro.
Fot. Káulak.

DE TEATRO

Fernando Díaz de Mendoza.
Fot. Ribelles.

ANTE unos artistas que no son aquellos cuyos méritos y defectos se saben de memoria; ante un género que si no es nuevo, no es tampoco el habitual; y ante otras muchas pequeñas o grandes cosas que allí ocurren, el público de Apolo ha estado un poco desconcertado, desorbitado diríamos muy bien, pero ya va entrando, lo que no podía menos de ocurrir, por el camino de la comprensión y del agrado, al apreciar los valores positivos de los artistas que, en excelente conjunto, actúan en el escenario del coliseo que un día fué consagrado *Catedral del género chico.*

Por su parte, los artistas que ahora se hacen aplaudir en Apolo, mejor aún, sus directores, también han sentido las naturales vacilaciones... Mas ya va entrando todo por el debido cauce, y público y artistas se conocen y se comprenden.

Por ahí se llegará al éxito; y acaso *La rubia del Far-West*, zarzuela en dos actos—¿por qué no opereta?—estrenada últimamente, señale el primer paso por la senda del mutuo conocimiento y de la precisa comprensión de que hablábamos.

El libro de esta zarzuela, respetamos la calificación que le han dado sus autores Federico Romero y Luis Germán, estimables comediógrafos, aunque discreto y bien tramado, no ofrece a la crítica material suficiente para el aplauso. En cambio brinda al músico y a los intérpretes, repetidas ocasiones de lucimiento.

El público y los críticos, han estado acordes al juzgar que la mayor y también la mejor parte del éxito correspondía al autor de la partitura, el joven y ya aplaudido maestro Ernesto Rosillo y a los artistas que interpretaron *La rubia de Far-West.* Al primero, por haber acertado al escribir unos números inspirados, de melodías de moderna orientación y corte fino, por lo que se escucharán siempre con agrado; y a los segundos, entre los que destacaron su personalidad Dionisia Lahera y Pilar Escuer y los señores Fernández, Viñas y Murcia, por el entusiasmo y el cariño que demostraron en el desempeño de sus respectivos cometidos.

De la partitura merecieron el honor de ser repetidos, y siguen gustando mucho, la salida de Mary con las jugadoras de *tennis*, el coro de las fumadoras, de notas fáciles y delicadas, llamados a hacerse popular, y un dúo de sabor cómico que cantan Dionisia Lahera y Viñas, los tres del primer acto, el mejor de la obra, y una canción de cuna, un terceto, con intervención del juego de campanas, del tercer cuadro.

A este estreno, siguió en el escenario del Infanta Isabel, el de una comedia de Fernández Villar, el afortunado autor de *Alfonso XII, 13*, titulada *Constantino Pla*, que mereció grandes y ruidosas muestras de aprobación del auditorio, que rió mucho y de buena gana, y agradeció infinito los agradables instantes que autor y comediantes le proporcionaron.

La comedia, sin ser una cosa definitiva, es, desde luego, la más profunda de las conocidas de este autor, en lo que coincidimos con un acreditado crítico, lo cual nos envanece bastante; participa por igual «de la comedia ligera y del vodevil decente», y así interesa y produce hilaridad.

De los intérpretes, Joaquina Pino, María Luisa Moneró y Julia Lajos, con los señores Alarcón, Navarro y Suárez, derrocharon sus excelentísimas facultades y, como el autor de la comedia, escucharon cariñosas ovaciones.

RODOLFO DE SALAZAR

NOTICIERO TEATRAL

Felisa Lázaro, aplaudida ayer como tiple, se está haciendo aplaudir ahora en el Coliseo Imperial como notable dama de carácter y como cantante al refrescar sus mejores éxitos, aquéllos que logró con las romanzas de *El cabo primero, Gigantes y cabezudos* y tantas otras obras.

—Fernando Díaz de Mendoza, resucitó en la escena, para celebrar su beneficio, la obra de Guimerá *El padre Juanico*, al que dió todo el relieve y la ponderación debida.

—Loreto Prado y Enrique Chicote, ya tienen escenario para la próxima temporada. La empresa Ajuria les ha cedido el Circo de Price.

Apolo.—Las fumadoras de *La rubia del Far-West*, zarzuela estrenada el martes último.

Infanta Isabel.—Una escena del segundo acto de *Constantino Pla*, comedia estrenada el día 29. *Fots. Pérez.*

entre nosotros

¡ANDA salero! Ahora resulta que Ramón y Cajal no es aragonés. Toda la vida y todos los ciudadanos españoles habíamos estado creyendo que el eminente histólogo era un baturro esclarecido, y he aquí que, de pronto, se descubre la colosal noticia de que sigue siendo tan esclarecido o más que antes; pero que eso de baturro había sido una falsa alarma. Pues nada, lectorcico, don Santiago Ramón y Cajal nació en Petilla de Aragón, provincia de Navarra; cosa muy lamentable para los que *semos matracos* de verdad; pero ¿qué vas a *hacéle?*

Claro está que, con un sencillo silogismo, podían quedar las cosas como estaban. Ramón y Cajal ha nacido en Petilla; Petilla es de Aragón. Luego Ramón y Cajal es de Aragón. Pero ¿es que a los navarros les bastará este silogismo? Me figuro que no.

También podía hacerse otra cosa: que Aragón le declarase la guerra a Navarra y se apoderara de Petilla, alegando su condición de ciudad irredenta. Mas, aunque así ocurriese, seguirán diciendo los navarros que, cuando Cajal nació en Petilla, Petille era «aún» de Navarra.

Nada, que no encuentro manera.

Pero, como los aragoneses *somos muy tozudicos*, no nos da la gana de conformarnos a perder un paisano tan «*aparente*» y alegamos en última instancia que, si Cajal nació en Petilla y Petilla es un pueblo de Navarra, a Cajal se le ha tenido siempre por aragonés, y Cajal reúne todas las cualidades características de un hijo de Aragón. Es serio hasta la hosquedad, risueño hasta el infantilismo, sencillo hasta la exageración, francote hasta dejarle a uno «pegado a la pared»...

¡Vamos, hombre! ¡Qué Petilla, ni qué narices! Cajal ha sido siempre aragonés, y lo peor para Navarra es que seguirá siéndolo por los siglos de los siglos; porque Cajal es inmortal.

En el teatro de San Fernando, de Sevilla, se ha «celebrado» esta semana un escándalo bastante apreciable, porque la artista Carmen Tolosa, que exhibe el número de las perlas luminosas, había anunciado una exhibición especial sin más *carrosserie* sobre el pellejo que las susodichas gemas, y el respetable (¡!) público se llamó a estafa al observar que Carmencita conservaba escondido bajo un leve cendal un secreto repliegue de su bella persona. La bestia humana, que es bastante más bestia que las otras, protestó airadamente con rebuznos y coces y exigió que cayera el cendalillo; pero, al negarse la Tolosa, rompiéronse butacas y bombillas y hubo de intervenir la autoridad. ¿Eh, qué tal, es bonito?

El suceso, todo lo edificante que se quiera, es harto inexplicable; porque pregunto yo: ¿Qué diablos le importaba a la señorita Tolosa quedar bien con el público por centímetro más o menos de su piel prestigiosa? Si era por el pudor, no debió exhibir tanto; y si no era por ésto, pudo no ocultar nada.

En definitiva, la gananciosa va a ser ella, ya que el escandalazo ha de ayudar a su *reclame.*

Vamos, que el trajecito le ha venido de «perlas». No se podrá negar que fué una idea luminosa.

Un obrero llamado Fujita ha sido destrozado en Tokío por una bomba que él mismo trataba de arrojar en el palacio del Imperio; y, al registrar sus ropas, encontráronle un memorial en el que protestaba contra la negativa a conceder a los japoneses las mieles del sufragio universal.

¡Vamos! ¿les parece a ustedes?... Ese infeliz nipón, por protervo que fuese, debe estar a estas horas nada más que en el Limbo. ¡Matar y morir por lograr el sufragio universal! ¿Hay cosa más absurda?

A nosotros, los españoles, nos hizo ese regalito aquel gran socarrón de Sagasta y.,. ¡hay qne ver los Parlamentos que disfrutamos desde entónces! ¡Da gusto!

Dice un periódico:

«LISBOA.—Ha sido autorizada la fundación de un nuevo Banco, en Funchal (isla de Madera)».

Ante una noticia tal,
puede sostener cualquiera,
sin vivir en Portugal,
que este Banco de Funchal
es un Banco de Madera.

Esta semana ha pasado por Madrid el general Liautey.

Esta semana, vino de Melilla a Madrid el general Berenguer.

Esta semana, vino de Barcelona a Madrid, el general Martínez Anido.

Esta semana, fué de Madrid a Barcelona, el general Primo de Rivera.

¿Quién puede dudar ya de que las últimas lluvias han sido generales?

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO

DIAZ
PINTURA
DECORACION
PAPELES PINTADOS
TELEFONO 20-07-M. CARMEN, 21 MADRID

DE BELLEZA

EL PIE PEQUEÑO

Es cosa por demás sabida, que los pies pequeños son una de las características de la mujer china. También es del dominio público que las inglesas pueden dormir de pie gracias a sus anchas peanas. Pero lo que seguramente ignoran muchas de nuestras bellas lectoras, son los procedimientos de que se valen las niñas del celeste imperio para conseguir un diminuto *pinrel*. Se lo contaremos nosotros y haremos, al mismo tiempo, gala de nuestra erudición, remontándonos hasta los orígenes del pie pequeño en China.

Se dice, que una célebre emperatriz de aquellas regiones, coja de nacimiento, quiso que todas las mujeres de su imperio participasen de la deformidad de sus pies. Dictó, al efecto, las debidas disposiciones, y a partir de aquella fecha comenzó la bárbara costumbre de comprimir el pie de las mujeres, valiéndose de procedimientos varios. El más usado es el siguiente:

Empiézase por comprimir el pie manteniendo los dedos doblados por medio de un vendaje en forma de 8. Al principio no se aprieta mucho la venda, pero progresivamente se va aumentando la tensión. Todos los días se renueva el vendaje y se lava o fricciona el pie con alcohol de sorhgo, para evitar la formación de úlceras. En este período, el calzado de la niña consiste en una botina cuya punta se va estrechando poco a poco, y de suela lisa, como una zapatilla.

Por estos medios se forma el pie vulgar.

Entre las clases elevadas se continúan las operaciones de compresión hasta conseguir un pie de verdadera elegancia. Cuando está establecido el primer grado, es decir, cuando la flexión de los dedos es permanente, se coloca bajo la cara plantar un pedazo de metal de forma semicilíndrica, cuya parte inferior apoya la madre sobre su rodilla, y cogiendo con una mano el talón y con otra la punta del pie de la niña, procura doblarlo. Con este esfuerzo se consigue la luxación de los huesos del tarso, que permite, por último, sacar el escafoide, fracturado ya, después de estas manipulaciones. Desde el comienzo de este segundo período se reemplaza el calzado de suela lisa con una botina que la tiene convexa y que ayuda a formar y conservar la concavidad de la cara plantar.

Creemos que el procedimiento está expuesto con la claridad suficiente para que las señoras que gusten puedan ponerlo en práctica. Trufar un pavo sería algo más difícil, aunque hay gran analogía en la marcha de la operación.

También estamos obligados a advertir, que esta práctica, además de las lesiones traumáticas que la atrofia de los huesos produce, influye perniciosamente en el estado general de la mujer; así se observa, que las chinas de las clases acomodadas, que viven en condiciones de higiene inmejorables, son anémicas, por falta de ejercicio a que les obliga la citada deformidad.

Se cuenta que en cierta ocasión, y en un café de Nueva York, censuraba un americano esta rara costumbre, cuando fué interrumpido por las siguientes palabras de un chinito vecino de mesa: «Si no cortas a tu mujer los pies no la tendrás nunca en casa».

Violeta.—Cuando recibí carta de usted ya estaba en máquina el número anterior; por esta circunstancia y por no demorar demasiado mi respuesta, dedico a usted estas líneas al pie de la crónica haciendo una excepción en su obsequio.

No tengo fe alguna en los específicos qus se anuncian para adelgazar. Puede que los haya muy buenos y eficaces, pero líbreme Dios de recomendarle ninguno.

Yo conozco ¡cómo no!, un procedimiento exclusivamente mío y de resultado infalible. Vea usted, es la cosa más sencilla del mundo:

Todas las mañanas toma usted en sus manos veinticinco pesetas en monedas de cinco céntimos; después, sobre el suelo, forma usted con las monedas un nombre, el de su novio por ejemplo; y una vez hecho esto, recoja usted del suelo las monedas, pero de la manera siguiente. Si la experiencia la hace usted en su dormitorio debe trasladar las monedas, una por una, al comedor y cuando haya usted llevado la última tome, ya que está en el comedor, una taza de té con dos galletas. Si tiene la constancia suficiente para repetir esta operación durante quince días, aseguro a usted que su peso habrá disminuído notablemente.

Ya conoce usted el remedio. Guarde bien la receta y empléela cuantas veces quiera, pero sin apartarse un momento de mis indicaciones. ¡Ojo! las monedas deben ir, una por una, desde el suelo del dormitorio, al comedor

EL PROFESOR ARNOLDO

En el consultorio de belleza de ARTE LIGERO hallará Vd. siempre cosas interesantes.

En esta página contestaremos ampliamente a cuantas consultas nos hagan nuestras lectoras

"LADY HAMILTON"

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

AUGUSTO Martínes Olmedilla ha publicado el primer tomo de sus obras completas con una novela en cinco episodios, titulada *Lady Hamilton.*

Al frente del libro aparece el soneto—semblanza del ilustre novelista firmado por Ortiz de Pinedo—que reproducimos a a continuación:

El autor de *La muerte de Yorik*—bello cuento
que figurar debiera en áurea antología—
es hijo de Madrid, vive bien y contento,
y responden sus actos a la vieja htdalguía.

Gran narrador de cosas que ha visto o ha forjado,
su pluma es una fuente que mana inagotable:
su obra está por encima del aplauso logrado,
y el castellano en ella resplandece impecable.

No se cree un superhombre, ni la fama le inquieta:
su lengua la honra ajena y el mérito respeta,
a todos tiende la mano con lealtad.

Sobre las nueve musas tiene otra a la que ama
y que, pródigamente, por su obra se derrama;
esta divina musa se llama: Amenidad.

ORTIZ DE PINEDO

VARIEDADES

PERLAS DEL "CABARET"

ACABAN de caer definitivamente las cortinas del escenario arrulladas por los aplausos del público.

La sala se ilumina de nuevo, y el *cabaret* aparece magnífico, fastuoso.

La música de Albéniz, que acaba de bailar la artista, cede su puesto a un tango cadencioso y acompasado, que estremece a las parejas con su voluptuosidad.

Yo espero. Acabo de enviar una cartulina para Adelaida, anunciándole mi visita. Somos muy amigos.

Seguramente se habrá sorprendido porque el seudónimo que encierra mi tarjeta, es para ella desconocido.

El *botones*, con una sonrisa picaresca, me hace pasar a un saloncillo, y me indica que tenga la bondad de esperar...

Estoy en un gabinete coquetón, donde la cretona contrasta de un modo especial con el moblaje de caoba y bronces.

Unas figurillas patinadas, adornan los ángulos del recinto. El aire está impregnado de esencias. La lámpara, que pende del techo, parece que quiere ocultar entre los encajes que la cubren, los secretos que sabe su alma de cristal.

Ahora son las notas alegres de un *one-step* las que llegan a mí, mezcladas con los gritos y compases del *Jase-band.*

Siento pena de estas muchachas que, por unas míseras pesetas, son esclavas del baile durante doce horas, expuestas a la sugestión de la ruleta, que merma aún más su modesto haber, y que sacrifican su vida y su juventud por unos zapatos de charol y unas medias con espiguilla.

...Un ruidito, un fru-fru suave como una caricia, me vuelve a la realidad, y al abrirse la puerta, me encuentro ante los ojos de Adelaida.

¡Es la Perla del *cabaret!;* es la muñeca rubia que sugestiona y atrae con el ritmo de sus danzas.

No parece la misma; entre la artista que baila y ríe, al compás de sus crétalos, y ésta que ahora me mira como una colegiala avergonzada, prefiero ésta; es más verdad.

Su boca lanza una exclamación; hay unas risas luego, y un apretón de manos que afianza nuestra amistad de muchos años; y después de cambiar unas frases, nos sentamos riendo, y pregunto:

—¿Vas a la sala?

Y ella, con esa carita ingénua, de niña, responde:

—No; voy a casa. Casi nunca voy a la sala; me limito solamente a mi trabajo. No tengo que *alternar.*

—Pues mira—prosigo—yo quisiera que antes de marchar me contaras un chismecillo, una aventurita de tu vida galante, para que las lindas lectoras de ARTE LIGERO conozcan un episodio de tu carrera artística.

Y al observar el gesto gracioso con que contrae los ojos, como para eludir la popularidad de sus intimidades, apelo a la amistad.

—Te prometo no descubrir tu nombre. Además, ¿no has sentido nunca, después de trabajar, y cuando apenas han caído las cortinas que tantas veces se alzan para que el público te ovacione un poquitín de nostalgia? Cuando el recuerdo trae a tu mente cosas que nunca se olvidan, ¿no has sentido poder encontrar un buen amigo a quien hacerle eco de tus confidencias? Pues esta es la ocasión. Yo soy tu amigo, tu confidente, y no tendrás por qué arrepentirte de confiarme un secreto.

¡La he convencido!

De la sala llegan las notas del *Claro de Luna,* de Beethoven.

Alguna muchachita pide para la orquesta.

Adelaida, arrullada por la música, me ofrece un cigarrillo.

Cruza las piernas, echa la cabeza hacia atrás, como recordando, y mientras el humo invade la atmósfera, y en el arco de rosa de su boca coqueta oscila el egipcio, me dispongo a escuchar.

Y ella, la linda muñeca que atrae y sugestiona con sus danzas, empieza con una vocecita mimosa:

—¡Pues, verás!...

RAMÓN MARTINEZ ALVAREZ

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gaposo, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMÁ, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Combas Peyork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pous arxer, Viladomat, 104. Apartado 481, BARCELONA, remítese reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito

DESCONFIAD DE IMITACIONES

P. JIMENA

:: SASTRE DE SEÑORAS ::

CARRERA DE S. JERÓNIMO, 29

TELÉFONO M. 615

MADRID

CRÉDITO ESPAÑOL

DE AUTOMOVILISMO

AUTOMÓVILES. CAMIONES, TRACTORES, MOTOCICLETAS

PRINCIPE. 18 Y 20

MADRID

BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36

MADRID

INSTALACIONES Y TRANSFORMACIONES DE FÁBRICAS DE HARINAS Y MÁQUINAS PARA MOLINERÍA

Fumistería, Cierres metálicos

COCINAS Y ESTUFAS DE TODOS MODELOS
TOSTADEROS Y MOLINOS PARA CAFÉ
FERRETERÍA
ESPECIALIDADES METALÚRGICAS

S. A. M. MÁS BAGÁ

BARCELONA

Hortaleza, 19 - MADRID - Teléf. 52-93 M.

Excelsior C. A. I.

AUTOMÓVILES

OVERLAND

DIETRICH

VAUXHALL

Alvarez de Baena, 7.-Teléf. 426-S

MADRID